

una posada en el mismo sitio en que pocos días antes Napoleón había hecho fusilar á un caballero de Gouault porque cuando Alejandro estuvo por vez primera en Troyes se le presentó como corifeo de los realistas ostentando en su pecho las insignias de caballero de la orden de San Luis. A la sazón todo había cambiado: acababa de firmarse en Chaumont el gran tratado de concierto, alianza y subsidios (1) en virtud del cual las grandes potencias Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia se obligaban á continuar la guerra con todas sus fuerzas — cada una de ellas con 150,000 hombres por lo menos, sin contar las guarniciones — hasta conseguir asegurar por medio de tratados la vuelta de Francia á sus antiguas fronteras y la completa independencia de Holanda, de Alemania, de Suiza, de Italia y de España en el sentido del proyecto presentado en Chatillon (2). En este concepto aportaba Inglaterra para el año 1814 cinco millones de libras esterlinas (500 millones de reales) satisfechos por mensualidades.

El conde Metternich, despues de haber examinado atentamente con el conde Nesselrode las credenciales de Vitrolles, dijo á éste: «En definitiva, no vemos en esto muy bien demostrado que seáis realmente la persona que se nos presenta con nobles intenciones, segun nos complacemos en creerlo, pero aun cuando fuerais un enviado de Bonaparte ó de Savary lo mismo podríamos deciros. Hoy todo se ha aclarado; nuestros proyectos han sido por nosotros mismos concebidos y es mas, deseamos que sean de todos conocidos.» Y acto seguido desarrolló una proposición acerca de la reconstrucción de Europa tal como debía ser partiendo de la base de una igual ponderación de las tres potencias, Rusia, Austria y Francia, en fuerzas militares, población y poderío: Prusia había de tener un aumento hasta llegar á ser fuerte como la mitad de cada una de las tres potencias: Holanda sería engrandecida con Bélgica y extendida hasta la frontera francesa, debía constituir una barrera contra cualquiera invasión francesa, de modo que en el continente tenía que ser enemiga de Francia y en el mar su aliada natural en cuanto se tratara de oponerse á la preponderancia marítima de Inglaterra. El Austria no pretendía soberanía alguna sobre Alemania, cuya protección había sido siempre una carga para ella y quería renunciar á todas las posesiones por las cuales había sido vecina de Francia y no reclamar, por tanto, nada de Breisgau ni del resto de Suabia. Alemania sería, pues, entre Francia y las potencias orientales una masa inerte, un terraplen que evitara el choque de los intereses y pasiones encontradas. «En vano se intentaría separar ó disolver la gran alianza europea: hoy estamos unidos en nuestros sentimientos mas íntimos y en inquebrantables principios fundamentales; hemos armonizado todos nuestros intereses, como lo atestiguan el tratado de Chaumont, y estamos convencidos

(1) Con fecha de Chaumont, 10 de marzo de 1814, escribe lord Castlereagh: *It is with peculiar pleasure: I have the honour to inclose to your Lordship a Treaty of Concerts, Alliance and subsidy, which I have signed in obedience to the Prince-Regents commands with the courts of Austria, Russia and Prussia* (pág. 120). El tratado lleva, como es sabido, la fecha de Chaumont, 1.º de marzo, pero no fué firmado el día 1.º sino muchos días despues, segun se desprende de lo anteriormente expuesto, seguramente el día 9, pues el conde Munster escribe el día 10: «Hasta ayer por la tarde no se pudo firmar el gran tratado de alianza.»

(2) El artículo IV del tratado preliminar de 14 de febrero era el primer artículo adicional secreto de éste, solo que el párrafo que en él hacia referencia á Alemania tenía una ligera variante, que era la siguiente, segun la copia que tengo á la vista (apéndice del despacho de Castlereagh, de 10 de marzo): *La Alemania compuesta de provincias (principes?) soberanos (sic) unidos por un lazo federal que asegura y garantiza la independencia de Alemania.* Detrás del párrafo referente á Holanda se añadía: *y el establecimiento de una frontera conveniente.*

de que nuestra salvación y nuestra existencia dependen de nuestra concordia (3).»

Metternich, despues de haber expuesto lo que Europa quería, preguntó: «¿Y qué puede hacer Francia?»

A esto contestó Vitrolles: «Francia quiere verse libre del yugo á que la tiene sometida el mas inaudito de los despotismos; exige una paz que le ha sido arrebatada hace 25 años; desea vivir en la comunidad de los pueblos de Europa en vez de destruirla con incesantes guerras. Todos los pensamientos se vuelven hácia los recuerdos de una pasada existencia, tan tranquila y tan hermosa, y todos estos recuerdos nos enlazan de nuevo con la familia de nuestros reyes. La esperanza de su regreso nos parece quimérica, pero desde que el coloso que sobre nosotros pesa ha sido quebrantado por los desastres de Rusia y de Leipzig, y sobre todo desde que Europa ha estrechado sus filas y emprendido la marcha hácia nosotros, hemos creído que nos tendía la mano y que nos era dado esperar, entre unas cosas y otras, que no habrá paz con Napoleón ni Francia sin Borbones.» Los dos ministros se miraron llenos de asombro, y Metternich, que fué el primero en tomar nuevamente la palabra, dijo: «Pero nosotros recorreremos esta Francia y habitamos en ella hace mas de dos meses y nunca hemos visto nada de eso. En esta población, entre la cual vivimos, nada hemos encontrado de lo que nos anunciáis, ni la necesidad de paz ni el recuerdo de pasados tiempos, ni siquiera hemos notado una sola vez una expresión general de mala voluntad contra el emperador. Ciertamente han venido á nosotros algunos emigrados que muy por lo bajo nos han preguntado si teníamos la intención de traer nuevamente al rey; pero se han vuelto á marchar sin decir una palabra apenas les hemos dicho que no habíamos formado tales planes. Por esta razón lo que vemos no guarda en modo alguno armonía con lo que nos decís.»

La consideración que esta censura envolvía había asombrado realmente á los mas ardientes partidarios de los Borbones y la vemos expresada por Castlereagh y por Hardenberg en el mismo sentido en que la consignó Metternich en el tratado secreto de 14 de febrero para alegarla como razón absolutamente decisiva para firmar la paz con Napoleón, cosa muy contraria á sus deseos, pero impuesta por la necesidad. Y sin embargo, nada mas fácil que refutar esta censura. Vitrolles contestó con razón: «La Revolución y el Terror han extinguido en los hombres todo impulso para una conducta noble. De veinte años á esta parte no se ha encontrado mas medio de salvación que someterse incondicionalmente á todas las tiranías que se han ido sucediendo. Sufrimos y odiamos en silencio, estrujados como estamos por la mano terrible que ha pesado también sobre vosotros. Ninguna voz animosa se levantará mientras continúe subsistiendo la idea del poder de Bonaparte. — Siempre se cree en su estrella, tanto mas cuanto que en este momento vosotros mismos estais en negociaciones con él. ¿Quién, por mucho que odie á Bonaparte y á su despotismo, se atreverá á fiarse de vosotros si quizás mañana nos volveréis á nuestras cadenas y nos entregareis á su venganza? No, nadie. Solo yo, quizás. Y aun yo mismo estoy tentado, desde que me encuentro aquí, á creer que he hecho una locura.»

De esta clase eran las conversaciones que diariamente sostenían en Troyes Metternich y Vitrolles sin llegar en el fondo á una inteligencia. Metternich insistía en que Francia debía expresar su opinión y Vitrolles persistía en que antes los aliados debían romper con Napoleón y reconocer públicamente al rey Luis XVIII. Decía el primero: «Si Francia se pronuncia, nosotros la apoyaremos sin dejarnos desviar de

(3) *Mémoires du baron de Vitrolles*, tomo I, págs. 93-94.

nuestro propósito por ninguna consideración secundaria. ¿Creeis, por ventura, que nos creemos ligados por los intereses de nuestra archiduquesa ó de su hijo? Nada de eso: el bienestar del Estado no se sacrifica á sentimientos de familia y ni siquiera la perspectiva de una regencia que diera el poder á la archiduquesa y á su hijo nos haría abandonar las condiciones necesarias para la existencia de los Estados europeos. El Austria se basta á sí misma y no ha de crear dificultades para su situación aceptando intereses que le son extraños. Si el patronato del imperio germánico nos parece una carga bastante pesada para querer librarnos de ella, imaginad qué sería para nosotros sostener la regencia de la emperatriz en un país como el vuestro. A Francia toca decidir de su propia suerte: nuestro apoyo no le faltará (1).»

Vitrolles no se cansaba de pedir una y otra vez que se desplegara la bandera de los Borbones para con ella atraer á Francia á la lucha contra Napoleón. «Vuestra situación militar, — decía en una elocuente nota dirigida á Metternich, — es peligrosa en el centro de nuestro país; esto no puede ocultarse: convertidla en situación política y será inexpugnable. Tal como están ahora las cosas, puede él seguir luchando todavía durante mucho tiempo y hasta con ventaja; pero tremolad contra él una bandera francesa y caerá sin remedio.»

Viendo que nada podía adelantar con Metternich, Vitrolles suplicó en 16 de marzo al conde Nesselrode que le proporcionara una audiencia con el emperador Alejandro, cosa que aquel declaró ser muy difícil porque éste se había negado á recibir á dos correos que le había enviado el conde de Artois, á saber: el conde Francisco de Escars y Julio de Polignac. El odio implacable que sentía hácia los Borbones el monarca ruso, era causa de que nada pudiese conseguir el conde de Artois, que hacia mas de un mes se encontraba en Vesoul, donde no pasaba de ser un francés mas en Francia, un hombre de bien del cual nadie se cuidaba. Alejandro, sin embargo, hizo una excepción en favor de Vitrolles, quizás porque éste procedía de París y no de Vesoul, porque no era de los emigrados, á quienes él odiaba por haberles conocido personalmente y haber podido apreciar su fanatismo, que rechazaba toda sana razón, su libertinaje, su ofensiva arrogancia y su intolerable orgullo de pordioseros. La antigua monarquía había sucumbido por los vicios de su aristocracia cortesana, y esta aristocracia con el destierro ni había variado ni se había mejorado. El que la conocía se explicaba la Revolución, sin dejar por esto de odiarla (2). Aun los que veneraban en los Borbones el antiguo derecho y veían renacer en ellos la antigua monarquía nacional en la nueva sociedad y despues de veinticinco años de destierro y de errores, no podían menos de pensar con horror en el séquito de emigrados que los Borbones llevaban consigo y al cual habían de cumplir en la fortuna lo que en la adversidad le habían prometido. Para aquellos en cuyo concepto no existía ya el antiguo derecho, bastaba esta sola consideración para hacerles mirar con la mayor repugnancia toda restauración. En este último caso se encontraba el emperador Alejandro.

En la tarde del 17 de marzo fué Vitrolles recibido por el emperador. «Hablad alto, — díjole Nesselrode haciéndole en-

(1) *Mémoires du baron de Vitrolles*, tomo I, págs. 65-101.  
(2) Durante su marcha á Francia, escribía Lombard, secretario del gabinete secreto de Federico Guillermo III, en 30 de julio de 1792: «Por fin he encontrado algunos franceses tolerables; pero en su mayor parte son unos canallas. Un día salí á paseo en Coblenza al caer la tarde y me encontré con algunos de estos señores completamente borrachos. Uno de ellos, viendo quizás la impresión que me producían, dijo á los demás: — ¡Demonio! Apostaría que es un demócrata. — Señores, — les contesté, — pronto lo seré si todos los aristócratas se os parecen. — Al oír lo cual se callaron, lo que ya es mucho para un francés.» Huffer: F. M. Lombard, en la *Revista alemana*, tomo VIII, pág. 2.

trar, — porque el emperador es algo sordo.» «El emperador — dice Vitrolles, — se encontraba en el salón: no había allí ningún mueble, ni una mesa, ni una silla. Su corpulencia era imponente; no así su fisonomía, por mas que en ella se viera impreso el convencimiento del poder. En aquel momento la expresión de su rostro era de afable cortesía.» El monarca preguntó á Vitrolles cómo se llamaba y quién le había enviado. «Mi nombre — contestóle el emisario, — no es conocido por V. M. Viajo con nombres supuestos, pero faltaría al respeto que debo á V. M. si le ocultara mi nombre verdadero,» y se lo dijo. «Mas difícil es — prosiguió — decir á V. M. quién me envía. Si por esto entiende V. M. que se trata de una embajada oficial en el sentido verdadero de la palabra, debo decir que tal embajada no me ha dado nadie; pero si pregunta V. M. en nombre de quién hablo, le contestaré que en nombre de aquella opinión que se ha manifestado en el Senado y en el Cuerpo legislativo tan abiertamente, que Bonaparte se vió obligado á suspender las sesiones de estas asambleas. Hablo en nombre de todos aquellos que aun conservan en Francia los sentimientos de honor y de independencia. El duque de Dalberg, mi amigo, ha tenido noticia de mi viaje y lo ha favorecido: el señor de Talleyrand debe de haber tenido conocimiento de él y aun cuando no le conozco personalmente, sé muy bien su manera de pensar.» «Perfectamente — dijo el emperador, — ¿qué pide esta opinión pública en nombre de la cual habláis?» Entonces, Vitrolles pronunció al emperador el mismo discurso que antes había pronunciado á Metternich. Alejandro contestó como el diplomático austriaco que ni él ni los aliados habían encontrado en Francia huella alguna de tales sentimientos; que habían visto el país lleno de armas y de soldados y al pueblo animado de sentimientos hostiles y en cambio no habían notado que la antigua monarquía diera ninguna señal de vida. «La prueba de adhesión á vuestros antiguos soberanos que estais dando es digna de alabanza, pues nace de un sentimiento de fidelidad y de honor que yo respeto; pero los obstáculos que para lo sucesivo excluyen del trono de Francia á los príncipes de la casa de Borbon me parecen insuperables. Volverían al poder agriados por la desgracia, y aun cuando por un noble dominio sobre sí mismos ó por una prudencia hábilmente calculada llegaran á ahogar sus rencores, no podrían sujetar á aquellos que por su causa han sufrido. El espíritu del ejército, de este ejército en Francia tan poderoso, les sería hostil, lo mismo que la corriente de las nuevas generaciones; los protestantes verían su restauración con miedo y mala voluntad: el espíritu de la época no está con ellos. Todas estas consideraciones nos han apartado de esta idea. Por otra parte, ¿conoceis á los individuos de la familia real? — «No, — contestó Vitrolles, añadiendo que había sido soldado del ejército de Condé y únicamente había conocido tres generaciones de esta familia de héroes. — ¡Perfectamente! — replicó el emperador en tono en que se mezclaban la cólera y la compasión. — Si los conociérais, os venceríais de que el peso de tal corona sería demasiado para ellos. Hemos meditado muy bien lo que podría ser conveniente para Francia en el caso de que Napoleón desapareciera. Hace algun tiempo, pensábamos en Bernadotte: la influencia que tiene en el ejército y el favor de que necesariamente ha de disfrutar entre los amigos de la Revolución hicieron que por un momento nuestros pensamientos se encaminaran hácia él; pero luego han ocurrido muchas cosas que nos han obligado á desechar este plan. Se ha hablado también de Eugenio Beauharnais, que es respetado en Francia, querido por el ejército y oriundo de noble estirpe, lo cual permitía suponer que tendría muchos partidarios. Finalmente, una república sabiamente instituida sería quizás el

gobierno que mas convendría á Francia, pues las ideas de libertad no han podido impunemente germinar durante tanto tiempo en un país como el vuestro; así es que hacen muy difícil la restauracion de un poder público unitario.» «¡Gran Dios! — exclama al llegar aquí Vitrolles, interrumpiendo involuntariamente su narracion. — ¡A qué tiempos habíamos llegado en 17 de marzo! ¡El emperador Alejandro, el rey de los reyes unidos para salvar al mundo, me hablaba de la república!» «No he venido aquí — contestóle, conteniéndose á duras penas — para defender, como ciego partidario de la antigua familia de nuestros reyes, sus ventajas personales. Si conociera un medio mejor para salvar el porvenir de Francia, lo defendería con el mismo empeño, aunque este medio fuera la continuacion de Napoleon en el poder, y haría aquí, ó por mejor decir ingresaría en las filas de los que heroicamente por esta solucion combaten; pero conozco los deseos de mi país y las condiciones que para salvarlo se necesitan: queremos la paz en el exterior y en el interior garantías contra el despotismo, y ni aquella ni éstas podemos esperarlas del soldado que nos esclaviza y en vano trataríamos de buscarlas bajo ningun otro nombre ni en ninguna otra institucion, pues nadie tendría confianza en uno ni en otra. Francia no puede esperar en un porvenir mejor mas que de la vuelta á su pasado bajo el cetro paternal de esta familia que desde hace ochocientos años ha venido presidiendo sus hermosos y gloriosos destinos.» Despues de esto, expuso cómo los Borbones y su séquito debían haberse templado en la escuela de la desgracia, cómo el vehemente deseo de paz y de libertad civil había borrado en el país todas las diferencias de partidos y de opiniones, y cómo el mismo ejército ansiaba el descanso, especialmente los jefes, para disfrutar tranquilamente del botín de sus victorias. Así hablaba un hombre que no había participado de los festines del antiguo régimen, que no había tendido la mano ni el sombrero á la lluvia de oro que en forma de gracias y pensiones había caído en Versalles, que en su juventud solo había luchado y sufrido por la antigua monarquía, á la que nada tenía que agradecer ni que recompensar. Para Alejandro era cosa completamente nueva que esta antigua monarquía tuviera tan desinteresados defensores, pues los realistas á quienes había conocido al defender la causa de la monarquía defendían únicamente sus antiguos privilegios, hasta el punto de que cuando éstos estaban en pugna con los derechos de la monarquía y con los deberes de los súbditos habían negado y sacrificado estos últimos para salvar los primeros, como fácilmente podía comprenderse. Si realmente existía en Francia una lealtad monárquica como la que aquel hombre noble sabia expresar en ardientes frases que salían del corazón, la cosa se presentaba muy distinta de lo que Alejandro se la había imaginado; y si París era verdaderamente el centro donde residía este modo de pensar, la cuestion del porvenir de Francia quedaba resuelta por la misma nacion francesa. «¿Quieren los aliados — dijo finalmente Vitrolles, — acabar la guerra con un hecho tan atrevido como noble? Renuncien á todas sus tentativas artificiosas; reúnan sus fuerzas sin mirar hácia atrás; quemén sus naves y marchen precipitadamente y en línea recta hácia París, y dejo en prenda mi cabeza en manos de V. M. para que la separe del tronco, si la opinion pública no se manifiesta abiertamente en pro del restablecimiento de la antigua monarquía.»

«Conmovido en alto grado, — dice Vitrolles, — fijé mi mirada en el hermoso semblante del emperador Alejandro, por regla general no muy expresivo ni animado, y observé que al oírme se animaba: la idea de tan hermoso triunfo hacia aparecer un nuevo brillo en sus ojos, y en uno de aquellos momentos en que dejaba entrever su entusiasmo, sus palabras

tomaron extraordinaria expresion. «Señor de Vitrolles, — dijo, — el día en que vaya á París no tendré mas aliado que la nacion francesa.» Y al despedirse le apretó la mano, diciéndole: «Esta noche partiré para el cuartel general del príncipe Schwarzenberg y os prometo que esta entrevista será de las mas trascendentales consecuencias (1).»

## CAPÍTULO II

### CONQUISTA DE PARIS POR LOS ALIADOS Y LOS REALISTAS. DESTRONAMIENTO DEL EMPERADOR Y ABOLICION DEL IMPERIO

Al día siguiente de la entrevista que al final del capítulo anterior hemos referido, adoptóse en Chatillon la resolucion definitiva. El día 15 de marzo Caulaincourt — que había dejado pasar cuatro semanas sin contestar á las proposiciones que le fueron presentadas en 17 de febrero ni afirmativa ni negativamente, ni con otras proposiciones, — presentó un contra-proyecto en que no se hablaba ya de la vuelta de Francia á sus antiguas fronteras ni de la renuncia de los derechos de soberanía fuera de ellas, antes al contrario contenía, entre otras, las siguientes disposiciones: «IV. S. M. el emperador de los franceses renuncia, como rey de Italia, á la corona de Italia en favor de su heredero nombrado, el príncipe Eugenio Napoleon, y de su descendencia. — VIII. La princesa Elisa retiene en plena propiedad y soberanía, para sí y para sus descendientes, á Lucca y Piombino. — IX. El principado de Neufchatel continúa en poder del príncipe (Berthier) que lo posee. — X. S. M. el rey de Sajonia será reintegrado en la plena y completa posesion de su reino. — XI. El gran duque de Berg recobra igualmente la posesion de su gran ducado (2).» En la sesion del día 18 de marzo los plenipotenciarios de los aliados dieron á estas proposiciones la única contestacion que podían dar, declarando «terminadas por el gobierno francés» las negociaciones de Chatillon y añadiendo que las potencias aliadas, «indisolublemente unidas para el grande objeto que con la ayuda de Dios esperaban conseguir, no hacían la guerra contra Francia y que consideraban la extension proporcionada de este reino como una de las primeras condiciones para un equilibrio político; pero que no depondrían las armas hasta que el gobierno de Francia hubiese reconocido los principios que sustentaban (3).»

De esta suerte terminó el congreso de paz de Chatillon, por no haber querido Napoleon aceptar la paz que en realidad no podía admitir (4). Habíase, pues, dado el primer paso tal como lo deseaba Vitrolles, paso al cual inmediatamente siguió otro. Invitado por Metternich, Vitrolles siguió en 19 de marzo al cuartel general diplomático, que se trasladó á Bar-sur-Seine, donde celebró el día 21 una conferencia con los ministros. Hardenberg le saludó con estas palabras: «¡Sois un grande hombre, un grande hombre! ¡Qué suerte la de veros aquí! Pero ¿por qué no vinisteis antes?» Vitrolles se sentó á su derecha: luego llegaron Castlereagh y Metternich; Nesselrode tomó asiento al lado de Hardenberg y el baron Binde actuó de secretario (5). Sobre la proposicion de los franceses se entabló una discusion que dió por resultado un documento en extremo notable redactado por Metternich,

(1) *Mem.*, tomo I, págs. 113-126.

(2) Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 131-132. En el artículo X se dice «gran ducado» equivocadamente en vez de «reino.»

(3) Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 137-138.

(4) Esto ha sido perfectamente explicado por Vitrolles, tomo I, págs. 131-134.

(5) Vitrolles: *Mem.*, tomo I, pág. 143.

del cual envió lord Castlereagh á Londres una copia fechada en Bar-sur-Aube á 22 de marzo, única que probablemente se ha conservado de aquel escrito (1). Vitrolles fué el primero que con sus notas nos dió á conocer dicho documento, pero estas notas han sido aclaradas y confirmadas por aquella copia.

Vitrolles, — ó Saint-Vincent, como á sí mismo se llamaba, — resumió todo lo que desde la ruptura del congreso pesaba todavía sobre su corazón en una sola exigencia que resolvía de hecho lo que aun no podía ser expresado con palabras, á saber: «Entrega al conde de Artois ó á sus delegados de todos los departamentos que ocupaban los aliados.» Esta pretension fué concedida, con inexplicable alegría de

Vitrolles, por una asamblea de ministros en la cual el mismo emperador de Rusia estaba representado por el conde Nesselrode. El documento que á propósito de esto redactó Metternich, decía así:

«La invasion de Francia solo ha dado á conocer hasta ahora por parte de la inmensa mayoría del pueblo francés una flojedad y una falta de voluntad sin ejemplo. La mayoría parece ser contraria á la persona de Napoleon, á quien considera como un obstáculo para la paz, comprendiendo que con su existencia es incompatible un estado de tranquilidad. ¿Está esta mayoría dispuesta á sacudir el yugo de su gobierno? ¿Espera para ello la excitacion directa de las potencias? ¿Apoyará enérgicamente los esfuerzos que hagan los



Combate de Saint-Dizier: carga de los dragones de la guardia

aliados para restablecer la antigua dinastía? Tales son las cuestiones cuyo exámen y solucion exige el interés de la causa comun. La ruptura de las negociaciones de Chatillon facilita por mas de un concepto este exámen, pues las potencias se ven libres de muchas consideraciones que un estado de negociaciones pendientes trae necesariamente consigo. Actualmente no tienen que atender mas que á la salvacion de la causa que defienden por los medios que el derecho internacional ofrece, únicos saludables y dignos de los esfuerzos unidos de las primeras potencias de Europa. Es indiscutible que la prolongada permanencia de los ejércitos aliados en Francia ha de atraer contra éstos el espíritu de una gran poblacion, para la cual es pesada carga su presencia. Sería ciertamente muy importante asegurarse de si la misma impresion funesta que en la opinion pública produciría el único medio que tienen los aliados para acabar gloriosamente la guerra, podría ser utilizada contra el que es su causa primor-

dial. Está mas que demostrado que el pueblo francés no tomará nunca la iniciativa en la cuestion de los Borbones, y los principios fundamentales que públicamente han expresado los soberanos aliados, y que nacen del respeto que todo extranjero debe profesar siempre á las cuestiones nacionales, impiden á los aliados tomar á su cargo esa iniciativa. Esta, pues, debe estar reservada á los príncipes de la casa de Borbon, pero hay que determinar el apoyo real que la coalicion puede prestarles. Dos embajadas han llegado á un mismo tiempo al cuartel general: una parece proceder de un partido que existe en París y que, por lo menos, ve claro; la otra procede de Monseñor (2): la primera reclama el apoyo de las potencias, la segunda confía el asunto al criterio y resolucion de éstas. Una y otra piden contestacion y la adopcion de ciertas medidas.

»En el actual estado de cosas parece posible y conveniente reforzar las sondas que hasta ahora se han echado sin pro-

(1) Como apéndice segundo al despacho núm. 41 de Castlereagh: *Most secret and confidential*. Bar-sur-Aube, 22 de marzo de 1814.

(2) Era el emisario un tal Wildermeth, de cuya memoria, fechada en Nancy en 1.º de abril de 1814, hablaremos mas adelante.